

mentar esta fiebre. Jesús, casado, y con descendencia actual en Francia. Judas, no el traidor que se ahorca arrepentido, sino el íntimo amigo de Jesús, que al denunciarlo no hace sino su voluntad.

Los fenómenos de mercado son impredecibles. Muchos millones de católicos, u otros muchos de cristianos de otras denominaciones, habrá entre los seducidos lectores de *El Código Da Vinci*, libro que entra a cuestionar a fondo los cimientos de su fe, y muchos millones más de ellos irán a ver la película basada en la novela y que va estrenarse en mayo, dirigida por Ron Howard, con Tom Hanks en el papel estelar. Lo que la voz del locutor dice en los *trailers* con que ya se anuncia en los cines es más que sugerente: "no importa lo que hayas leído, no importa en lo que creas, el viaje sólo acaba de empezar". ¿Qué pasaría si las obras de arte más importantes escondieran un secreto capaz de alterar la historia de la humanidad para siempre?"

Ya antes se ha dicho que Leonardo da Vinci no es más que un extraterrestre venido de un mundo lejano, algo que he estado siempre dispuesto a creer en homenaje a su genio incomparable. Ahora viene a ser miembro de una secta secreta que deja claves del enigma de los amores de Jesús y María Magdalena en su cuadro de la Última Cena.

Un escritor no tiene derecho a condenar las mentiras. Pero aquí se trata de un acto fallido de imaginación que desprecia toda sutileza y toma cuerpo de patraña. Envidiables patrañas de 25 millones de ejemplares.

Masatepe, abril 2006.

www.sergioramirez.com